

En esto pensad

Filipenses 4:8

Lecturas de edificación cristiana

Contenido

Meditación sobre el Cantar de los Cantares	37
Divinidad, humanidad	42
Acerca de los sufrimientos de Cristo	46
Los sufrimientos del Señor Jesús	52
Los sufrimientos del alma del Salvador	58
El tiempo del Despertar	62
Pensamiento	72

Año V. N° 2

Marzo - Abril 2000

EN ESTO PENSAD

LECTURAS DE EDIFICACION CRISTIANA

Es una publicación de distribución gratuita que se sostiene con las oraciones y la contribución de los hermanos que deseen colaborar.

Para toda comunicación referente a la publicación, sírvase dirigirse a:

Roberto Jorge Arakelian
Cap. Cairo 546
(1842) Monte Grande
Buenos Aires
Argentina

©2000 Todos los derechos reservados. Editor: Jorge Arakelian.

Los artículos editados en otros idiomas se han traducido con el permiso de sus editores. Derechos de traducción reservados. Permiso de reproducción únicamente de forma completa y sin cambios. Queda prohibido utilizar este material con fines comerciales y/o cobrarlos

NOTAS ACLARATORIAS

Las citas bíblicas utilizadas en esta publicación son tomadas de la versión Reina-Valera Revisada en 1960. Sin embargo, hay ocasiones en que la claridad del texto requiere el empleo de diferentes versiones, tales como la Versión Moderna u otras. Excepcionalmente, puede ser necesaria la traducción directa de la versión usada por el autor de un determinado artículo. En cada caso se indicará la versión empleada.

Abreviaturas:

BAS	=	Biblia de las Américas
RV 1909	=	Reina-Valera Revisión 1909
RVR 77	=	Reina-Valera Revisión 1977
RVA	=	Reina-Valera Actualizada 1989
VM	=	Versión Moderna (H.B.Pratt, revisión 1929)
N.T.I. Gr./Esp.	=	Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español (F. Lacueva)
VHA	=	Versión Hispanoamericana (Nuevo Testamento)

(M. E.) = *Messenger Évangélique*

Las citas bíblicas textuales se encuentran entre comillas: “ ” y las citas no bíblicas entre comillas: « »

MEDITACIÓN SOBRE EL CANTAR DE LOS CANTARES

(Viene de la página 35)

(Capítulo 3)

**“Hizo sus columnas de plata,
Su respaldo de oro,
Su asiento de púrpura,
Su interior recamado de amor
Por las doncellas de Jerusalén.” (v. 10, JND)**

Todo es maravilloso en ese asiento de la gloria de Salomón, el cual no es más que la sombra del trono del divino Hijo de David, el Señor de gloria. Pero, para ver su gloria, primero es necesario poder contestar a la pregunta que el Señor les hizo a los fariseos reunidos en torno a Él: “¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo? Le dijeron: de David. Él les dijo: ¿Pues cómo David en el Espíritu le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su hijo?” (Mateo 22:42-45).

Consideremos un instante esta carroza de tan preciosa madera. Sus columnas son de plata. La redención, simbolizada por la plata, es aquella que todo lo sostiene en ese reino. El Rey de gloria, Jesús, en virtud del rescate que pagó al morir en la cruz, reinará no sólo sobre su pueblo Israel sino también sobre el universo entero. Su obra redentora ha sido cumplida a favor de todos los hombres. En su reino, todo será de una solidez y estabilidad inquebrantables. El respaldo en el cual Él se apoya es de oro, emblema de la justicia divina. Él es el Rey que reinará en justicia, anunciado por

el profeta (Isaías 32:1). Su asiento es de púrpura. Así como el color escarlata nos habla de su gloria como Hijo de David que reina sobre su pueblo Israel, su asiento de púrpura es símbolo de la gloria imperial del Hijo del hombre que debe reinar sobre el universo entero. Él, Rey de reyes y Señor de señores, establecerá su poder en los cielos y en la tierra. Éste es el misterio de la voluntad de Dios (Efesios 1:9). ¿Quién podría oponerse al cumplimiento de esta voluntad? Todo el universo se postrará ante Él.

El interior del asiento está recamado de amor por las doncellas de Jerusalén, de esta “ciudad del gran Rey” (Mateo 5:35). Cuando el Rey vino a visitarla por primera vez, los suyos no le recibieron. Ahora, helo aquí que llega rodeado de todo el amor de su pueblo. Jamás un rey habrá sido tan querido por su pueblo como el Rey de gloria (Salmo 24:8). Todos sus súbditos, sin excepción, podrán decir: ¡El Rey murió por mí! Todo será magnífico en su reinado: estabilidad, fuerza, magnificencia, amor, paz.

**“Salid, oh doncellas de Sion, y ved al rey Salomón
Con la corona con que le coronó su madre en el día
de su desposorio,
Y el día del gozo de su corazón.” (v. 11)**

Las hijas de Sion que habrán participado de la gracia que será traída por el Rey de gloria, son ahora llamadas a contemplarle en su hermosura. Pero nosotros, cristianos, por la fe anticipamos ese día y somos espectadores de esa gloria, su guardia de honor, la gloria de su manifestación ante su pueblo arrepentido y humillado. Además, admiramos su corona. Otrora su pueblo colocó sobre su cabeza una corona de espinas y lo levantó en una cruz; ahora, este mismo pueblo, personificado por su madre, pone en su cabeza una corona de gloria. Él es reconocido por todos como el Rey de Israel. Cristo reasumirá sus relaciones con este pueblo, el que todavía se halla errante, lejos de Él; y aunque hoy ha comenzado a

volver a Palestina, está desvinculado de su Dios. Este pueblo espera y espera, como lo dice el profeta Isaías (18:2, versión J.N.D.). Pronto, cuando todo Israel haya vuelto a este país y nadie ya le dispute su posesión, su Señor volverá y cumplirá su promesa: “Y te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia, juicio, benignidad y misericordia. Y te desposaré conmigo en fidelidad, y conocerás a Jehová” (Oseas 2:19-20). Será el día feliz de su desposorio con su pueblo. ¡Cuán grande será el gozo de éste —después de tantos siglos de estar privado de la mirada de Su rostro a causa de sus pecados— cuando nuevamente esté en relación con Jehová para siempre, gozando de todas las bendiciones prometidas por boca de los profetas de otrora! Él es Jehová, el que no cambia, quien ha hecho promesas y las cumplirá. Pero el gozo del pueblo no será en nada comparable al de su Rey, pues ése será el día del gozo de su corazón, tal como lo acabamos de leer. Entonces verá el fruto de la aflicción de su alma y quedará satisfecho.

*Oh, cuando tú veas a los que has redimido
cual fruto, ya en sazón, de tu muerte en la cruz,
con infinito amor, del todo complacido,
gozarás en tenerlos por siempre en tu luz.*

Capítulo 4

“He aquí que tú eres hermosa, amiga mía; he aquí que tú eres hermosa.” (v. 1)

La mayor parte de este capítulo 4 nos refiere lo que Él ve de agradable en ellos. Los que tenemos una condición de pueblo celestial, procuremos revestirnos de los caracteres que le son agradables a Él y que son los mismos en todos los tiempos y en todas las dispensaciones. Este capítulo debe enseñarnos a discernir lo

que es agradable al Señor, y de tal manera saber cómo regocijar su corazón. Más que estos fieles de Israel, nosotros tenemos poderosos motivos para procurar agradarle, ya que conocemos el nombre del Padre, del cual somos hijos.

¡“He aquí que eres hermosa”! Él lo repite porque, a causa de su amor, quiere que sepamos lo que somos para Él. Si es precioso conocer lo que Él **ha hecho** por nosotros, más precioso todavía es saber lo que Él **es** para nosotros; pero ¿sabemos lo que **nosotros** somos para Él? ¿Sabemos cuán caros le somos? Él mismo va a describir a su amada tal como Él la ve con sus propios ojos. Con toda humildad, y acordándonos de nuestra miseria natural, consideremos lo que el Señor puede hallar de agradable en los suyos.

“Tus ojos detrás de tu velo son como palomas” (v. 1, JND)

Como en el capítulo 1, el Rey describe los ojos de su amada y los compara con palomas (1:15). Ella es extranjera aquí abajo, por lo cual su mirada está fija no sobre las cosas que la rodean, sino en un objeto que el mundo no ve ni conoce y que es su único objeto, su gozo: el Amado. Como la paloma, ella es extranjera doquier no está el objeto de su corazón. Al mirar hacia Él, ella es iluminada y su rostro nunca es avergonzado (Salmo 34:5). El Amado agrega aquí un detalle que no menciona en absoluto en el primer capítulo: “Detrás de tu velo”. Este velo es símbolo de humildad. Rebeca nos da un ejemplo de ello: era una mujer de aspecto muy hermoso, pero, cubriéndose con un velo, escondía esa belleza a los ojos de todos y la reservaba para Isaac (Génesis 24:16 y 65).

“Tus cabellos como manada de cabras Que se recuestan en el monte de Galaad.” (v. 1, JND)

Los cabellos señalan la **sumisión**. El capítulo 6 del libro de los

Números contiene las ordenanzas concernientes al nazareo que se consagraba por entero a Jehová; una larga cabellera era la señal exterior, visible, que lo caracterizaba (v. 5). La amada está moralmente separada de todo lo que la rodea para ser de su Señor. Ella manifiesta así los caracteres de Cristo mismo, el único perfecto nazareo desde el vientre de su madre hasta el día de su muerte.

“Tus dientes como manadas de ovejas trasquiladas, Que suben del lavadero, Todas con crías gemelas, Y ninguna entre ellas estéril.” (v. 2)

Aquí, los dientes de la esposa despiertan la admiración del Amado. Aquella a la que ama puede alimentarse de vianda sólida, a diferencia de los niños. Los corintios y los hebreos no eran capaces de tolerar las viandas; ellos necesitaban leche (1 Corintios 3:2; Hebreos 5:12-14). “El alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal” (Hebreos 5:14). Un hombre hecho —espiritualmente hablando— es uno que conoce no sólo el perdón de sus pecados, sino también la perfección de su posición en Cristo ante Dios; se alimenta de un Cristo celestial. Para alcanzar esa estatura es necesario haber sido como una oveja trasquilada, es decir, despojado de todo lo que uno es como criatura en la carne, desembarazado de todo lo que nosotros creíamos necesario para glorificarnos, de una manera u otra, de todo lo que podía darnos alguna apariencia a nuestros propios ojos y a los de nuestros semejantes. Junto con esto, nos conviene mantenernos en un estado de pureza práctica, mediante un enjuiciamiento continuo de nuestro viejo hombre, así como una oveja, después de trasquilada, **sube del lavadero**. Ello produce una plena comunión con el Señor.

Así, bien alimentado y el alma próspera, el fiel abunda en frutos

(3 Juan). Hay en él una salud moral que no tiene nada en común con la debilidad, la incapacidad y la esterilidad de una criatura todavía inexperta en la Palabra de justicia.

(Continuará)

DIVINIDAD, HUMANIDAD

Cuando, por la gracia de Dios, fijamos la vista en la persona del Señor Jesús, al Espíritu Santo le agrada hacernos descubrir algunas maravillas de su gloria; y tal contemplación hace que de nuestro corazón se eleve la alabanza y la adoración. Él es “más hermoso que los hijos de los hombres” (Salmo 45:2 ; VM); todo él es deseable (Cantares 5:16) y lo vemos coronado de gloria y de honra (Hebreos 2:7).

Al seguir los pasos del Señor en las Escrituras, nos será fácil comprobar que la Palabra establece con igual fuerza su divinidad y su humanidad. Si por un lado él es Dios manifestado en carne (1.ª Timoteo 3:16), por otro lado es la simiente de la mujer (Génesis 3:15), el que participó de sangre y carne, el “Santo Ser” que nació de María. Tal como lo apuntó otro escritor:

«Él fue hecho hombre, fue hecho “un poco menor que los ángeles”, para poder morir (Hebreos 2:9). Pero nació así por el poder del Espíritu Santo, de manera que fue santo, tal como el ángel le dijo a María: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso lo santo (GRIEGO: *to agion*) que nacerá será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1:35; BAS). En cuanto a la carne, él era nacido de Dios, santo, Hijo de Dios; lo que había nacido de María era “lo santo”. Por el poder divino y la operación del Espíritu Santo que obró sobre esta virgen obediente y

bendita del Señor, Él había nacido santo; lo que había tomado no era la carne pecaminosa... En los pasajes citados no vemos, en absoluto, que haya habido alguna **unión** de Cristo con la humanidad pecadora; no obstante, tales pasajes nos muestran positivamente algo único: un hombre sin pecado, nacido santo, de manera prodigiosa... Él era verdaderamente hombre, **pero no había ninguna unión entre él y los otros hombres, los cuales estaban en sus pecados...** Nuestra unión es con Cristo glorificado, en la nueva vida en Él, por la morada del Espíritu Santo en nosotros.»¹⁾

La mente del hombre no puede comprender el hecho de que la humanidad y la divinidad coexistan perfectamente en Jesús, Hijo del hombre, Hijo de Dios. Por eso leemos: “...Nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre...” (Lucas 10:22). En ello existe un misterio, un secreto que Dios guarda para sí. Un hermano del siglo XIX escribió:

«En cuanto a nosotros, Dios permite que muchos misterios permanezcan como tales, para probar de esta manera la obediencia de nuestra mente, porque Él requiere de nosotros obediencia, tanto en las acciones prácticas como la de nuestra mente. Esta sujeción de nuestra mente a Dios forma parte de la santidad y es algo que sólo el Espíritu Santo puede otorgar» (J.G.B.).

Cuando leemos los cuatro evangelios, cada página revela la perfecta humanidad del Señor, a la vez que deja traslucir su gloriosa divinidad; no obstante, al intentar discernir entre lo humano y lo

1) Extracto de la obra de J.N.D. titulada: «La unión de la humanidad con Cristo en la encarnación es el error fundamental de la teología moderna», publicada en *Le Messager Évangélique* 1878.

divino abordamos un misterio tal —el de la unidad de la adorable persona del Hijo, conocida sólo por el Padre— que nos da temor tratar de diferenciar los testimonios de su divinidad de aquellos de su perfecta humanidad. De manera que, en un terreno tan santo, no debemos acercarnos al Arca santa sino con los pies descalzos y con el santo respeto que les faltó a los hombres de Bet-semes (1.º Samuel 6).

Si en las páginas que siguen contemplamos algunas escenas de la vida del Señor, señalando especialmente tanto el carácter humano como el divino que lo han caracterizado, no es, de ninguna manera, para hacer meramente dos listas paralelas, sino con el fin de disponer nuestro corazón para adorar a Aquel que, siendo Hijo de Dios, descendió al mundo con el título de Hijo del hombre.

Examinemos algunas escenas relatadas por Mateo. El capítulo 2 nos presenta a los magos contemplando al niño: **humanidad**; luego “postrándose, lo adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra”: **divinidad**. El profeta Isaías ya había anunciado: “Un niño nos es nacido”: **humanidad**, “hijo nos es dado”: **divinidad** (Isaías 9:6). En el capítulo 4 de Mateo, leemos: “Después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre”: **humanidad**. En el capítulo 8 vemos a Jesús en la barca durante la tormenta; él dormía: **humanidad**; pero “levantándose, reprendió a los vientos y al mar; y se hizo grande bonanza”: **divinidad**. En el capítulo 17, durante la transfiguración, su rostro resplandecía como el sol... Y he aquí una voz desde la nube, que decía: “Este es mi hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd...”: **divinidad**; los discípulos se postraron sobre sus rostros, y “Jesús se acercó y los tocó, y dijo: Levantaos, y no temáis. Y alzando ellos los ojos, a nadie vieron sino a Jesús solo”: **humanidad**. En el huerto de Getsemaní (Mateo 26), Jesús dijo: “Mi alma está muy triste, hasta la muerte”: **humanidad**.

Veamos algunos relatos en el evangelio según Marcos. En el capítulo 6, leemos: “Salió Jesús de allí y vino a su tierra... Y llega-

do... comenzó a enseñar en la sinagoga; y muchos, oyéndole, se admiraban, y decían: ¿De dónde tiene éste estas cosas? ¿Y qué sabiduría es esta que le es dada, y estos milagros que por sus manos son hechos?”: **divinidad**. “¿No es éste el carpintero, hijo de María, hermano de Jacobo, de José, de Judas y de Simón? ¿No están también aquí con nosotros sus hermanas?”: **humanidad**. En el capítulo 14, el sumo sacerdote lo interroga una vez más, y le dice: “Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito? Y Jesús le dijo: Yo soy”: **divinidad**. Más adelante, cuando Pedro niega a su Señor, una de las criadas, mirándolo, dijo: “Tú también estabas con Jesús el nazareno”: **humanidad**.

En el evangelio según Lucas, capítulo 2, versículo 27, leemos que “los padres del niño Jesús lo trajeron al templo, para hacer por él conforme al rito de la ley”: **humanidad**. Simeón, tomó al niño en sus brazos, y bendijo a Dios, diciendo: “Han visto mis ojos tu salvación... luz... y gloria”: **divinidad**. En el mismo capítulo, Jesús, “cuando tuvo doce años”: **humanidad**; se encuentra sentado en medio de los doctores de la ley, oyéndoles y preguntándoles. “Y todos los que le oían, se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas”: **divinidad**: “En los negocios de mi Padre me es necesario estar”, responde a sus padres.

El evangelio según Juan, en su primer capítulo, revela que el Verbo (el Hijo) era Dios: **divinidad**; luego (v. 14) que “aquel Verbo fue hecho carne”: **humanidad**. En el capítulo 4 vemos que en Sicar, donde estaba el pozo (o fuente) de Jacob, “Jesús, cansado del camino, se sentó así junto al pozo”: **humanidad**; en la conversación con la mujer samaritana, Él le dice: “Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber...”: **divinidad**. En el capítulo 18, los enemigos vienen para prender a Jesús, y leemos que cuando él les pregunta: “¿A quién buscáis?”, “le respondieron: A Jesús nazareno”: **humanidad**. “Jesús les dijo: Yo soy... Cuando les dijo: Yo soy, retrocedieron, y cayeron a tierra”: **divinidad**.

Podríamos continuar con tales consideraciones para sentir el más grande gozo en nuestro corazón. ¡Pero continuemos contemplando, escuchando y adorando al Señor Jesús para regocijo de su corazón!

G.C.G. (M. E. 1969)

ACERCA DE LOS SUFRIMIENTOS DE CRISTO

Considerar en alguna medida los sufrimientos de Cristo —y nosotros no podremos hacerlo sino con muy grande debilidad y mucha imperfección— nos conduce a meditar uno de los temas más serios y difíciles que se presentan. Sabemos muy bien que al hacerlo penetramos en una tierra santa y que en ésta no podemos avanzar sino con reverencia, temor y con los pies descalzos. No obstante, es de desear que sea un tema del cual estemos ocupados a menudo. Puesto que será uno de los temas de la alabanza de los redimidos en el cielo, alabanza que se entonará cuando vean en pie “en medio del trono” al “Cordero como inmolado”, ¿no conviene que ya en el presente Él sea el tema central de nuestra alabanza, mientras anticipamos el momento en que cantaremos allí el cántico nuevo, para la gloria de Aquel que fue “inmolado” (Apocalipsis 5:6, 9)?

Por una parte, una alma que se ha alimentado de Cristo, que se ha ocupado de Él considerando el camino de sufrimientos que soportó en este mundo, será conducida a adorar. Por otra parte, nada nos dará tanta fuerza para vivir en una verdadera separación para Cristo, nada tendrá tanto poder para elevarnos por encima de las miserias y las tristezas por las cuales gemimos, nada nos dará tanta capacidad para hacer realidad un rico y viviente cristianismo, como el recuerdo

de lo que Cristo sufrió y la meditación de este tema. Para apoyar lo que decimos, bastará citar un solo ejemplo entre los que abundan en las Escrituras: lo que el apóstol Pedro escribe en los versículos 18 a 21 (especialmente el v. 19) del capítulo 1 de su primera epístola, constituye el motivo más poderoso para poner en práctica las exhortaciones de los versículos 13 a 17.

Las Escrituras nos presentan diferentes aspectos de los sufrimientos de Cristo: los que sufrió de parte de los hombres y los que sufrió de parte de Dios. Como objeto del odio de los hombres, sufrió por la justicia; pero también, a lo largo de todo su camino, considerando la miseria del hombre y sus malas obras, Él sufrió porque era la luz y, por otra parte, comprobando las dolorosas consecuencias del pecado, sufrió en simpatía. Así como sufrió en simpatía por esto último, igualmente lo hizo por adelantado penetrando en la profunda angustia que experimentará el remanente de Israel en los días del fin. Pero en la cruz Él soportó sufrimientos de un carácter muy diferente; allí fue hecho pecado por nosotros: Por nosotros lo hizo pecado” y “padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos” (2.^a Corintios 5:21; 1.^a Pedro 3:18). En esa hora suprema, ¡Dios tuvo que apartar su rostro de Él y abandonarlo! Los sufrimientos de las tres horas de tinieblas eran necesarios para que fuese resuelta la cuestión del pecado, para que fuese colocada la base sobre la cual reposa el cumplimiento de todos los designios de Dios, para que Dios fuese plenamente glorificado en un mundo donde había sido deshonrado por la desobediencia del primer hombre.

No obstante, sin perder de vista el carácter muy particular, único, de los sufrimientos soportados por Cristo como Víctima expiatoria, no se podrían aislar unos de otros los diferentes aspectos de sus sufrimientos. Así como en el Antiguo Testamento se nos presentan diversos tipos de un solo sacrificio, contemplamos también en las Escrituras, sufrimientos de caracteres diversos, sobre los cuales estamos llamados a meditar, sin perder de vista nunca

que ellos constituyen en su conjunto el sufrimiento que Cristo conoció como hombre aquí abajo. Él fue por excelencia el “varón de dolores” (Isaías 53:3). Sufrió en todo su ser, en su cuerpo, en su corazón y en su alma; es evidente que estos diversos sufrimientos no se pueden separar unos de otros: Cristo no pasó por ellos separadamente, unos tras otros, aunque sin duda haya habido momentos en que sintió más intensamente unos u otros, y aunque —e insistimos aún en ello, por la gran importancia que reviste este punto— sus sufrimientos expiatorios presentan un carácter absolutamente único. Nos engañaríamos si pensáramos que los sufrimientos que Cristo soportó de parte de los hombres habían llegado a su fin en la hora sexta: sin duda desde ese momento y hasta la hora novena, los hombres no podían manifestar nada de su odio contra Dios y contra su Cristo, pero, ¿no sufrió Él, quizá más dolorosamente aún, por todo lo que habían hecho hasta la hora sexta?

Cristo sufrió en su cuerpo, sintiendo todo lo que es inherente a la condición del hombre en este mundo: conoció tanto el cansancio y la fatiga, no teniendo “dónde recostar la cabeza”, como el hambre y la sed (Juan 4:6; Lucas 9:58; 4:2; Juan 4:7). Pero también soportó los terribles sufrimientos de los cuales habían hablado los profetas: “Sobre mis espaldas araron los aradores; hicieron largos surcos”. “Di mi cuerpo a los heridores, y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y de esputos (Salmo 129:3; Isaías 50:6). ¡Y qué sufrimientos tuvo en su cuerpo cuando fue clavado en la cruz “por manos de inicuos” (Hechos 2:23)! El suplicio de la crucifixión ocasionaba sufrimientos físicos de los cuales nosotros sólo tenemos una pálida idea. Nuestro amado Salvador quiso atravesar estos dolores en toda su intensidad, por eso cuando los clavos que horadaron brutalmente sus manos y sus pies fueron clavados por los soldados romanos, cuando su cuerpo estaba siendo lacerado, rehusó beber “vinagre mezclado con hiel” o “vino mezclado con mirra”, los cuales, se dice,

tenían por objeto procurarle cierta insensibilidad a los suplicios (Mateo 27:34; Marcos 15:23). Pero, por grandes que hayan sido sus sufrimientos físicos, los sufrimientos que experimentó en su corazón y en su alma fueron aún más profundos.

Los afectos de su corazón, desplegados a lo largo de todo su camino de una manera a la vez tan conmovedora y eficaz, no habían hallado eco en el corazón del hombre, quien permanecía insensible. Por lo cual, siendo objeto del odio y del desprecio de su criatura, podía decir a su Dios, por medio de la boca del salmista: “...Los denuestos de los que te vituperaban cayeron sobre mí... y vine a serles por proverbio. Hablaban contra mí los que se sentaban a la puerta, y me zaherían en sus canciones los bebedores... Tú sabes mi afrenta, mi confusión y mi oprobio; delante de ti están todos mis adversarios...”; y ¡cómo sufre en su corazón cuando, también por medio del salmista, lo oímos exclamar: “En pago de mi amor me han sido adversarios”, y: “Me devuelven mal por bien, y odio por amor” (Salmo 69:9, 11, 12, 19; 109:4-5)! Comprendemos que el corazón humano del Salvador se haya visto herido, quebrantado por tal sufrimiento, tal como lo expresa también proféticamente: “El escarnio ha quebrantado mi corazón, y estoy acongojado. Esperé quien se compadeciese de mí, y no lo hubo; y consoladores, y ninguno hallé” (Salmo 69:20). Sin embargo, en las profundidades de su corazón, iba a experimentar un sufrimiento aún más grande. Puesto que en este mundo fue el siervo perfecto de Jehová, pudo decir, mucho mejor que el esclavo hebreo: “Yo amo a mi señor, a mi mujer y a mis hijos...” (Éxodo 21:5); y ahora había llegado la hora en que iba a ser abandonado por todos los que había amado; por todos, ¡incluso por su Dios! ¿Quién podría comprender lo que Él sufrió en su corazón en esa hora suprema? Atravesando el fuego del juicio, exclama: “Mi corazón fue como cera, derritiéndose en medio de mis entrañas”; y aún: “Porque me han rodeado males sin número; me han alcanzado mis maldades, y

no puedo levantar la vista. Se han aumentado más que los cabellos de mi cabeza, y mi corazón me falla” (Salmo 22:14; 40:12).

¡Cuán dolorosos fueron también los sufrimientos experimentados por nuestro amado Salvador en su alma santa! En su camino por la tierra, a pesar de todas las adversidades que podía hallar, Él gozaba sin cesar de una feliz comunión con su Dios y Padre, hecho que le hacía decir, mucho mejor de lo que lo pudo hacer David en su momento: “Se alegró por tanto mi corazón, y se gozó mi alma...” (Salmo 16:9).

Pero ese camino lo llevaba a la cruz y, pensando en esa hora dolorosa, se dirige a su Padre, diciendo: “Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora?” La turbación penetra su alma, donde se hallan perfecciones insondables: Él no puede desear pasar por esta terrible “hora”, la del abandono... Sin embargo, inmediatamente dice: “Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre” (Juan 12:27). ¡Él había venido a este mundo para cumplir y acabar la obra que el Padre le había confiado, para que el nombre del Padre fuese glorificado! Nada lo detendrá en ese camino, ¡irá hasta el fin, cualesquiera que sean los sufrimientos que tenga que soportar!

A continuación, Jesús toma a sus discípulos y va “con ellos a un lugar llamado Getsemaní”. Entonces, dirigiéndose a Pedro, a Jacobo y a Juan, dijo: “Mi alma está muy triste, hasta la muerte...” (Mateo 26:36 a 46; Marcos 14:32 a 42). En sus pensamientos, ¡Él se encuentra bajo el peso de la muerte, que es la paga del pecado, el poder de Satanás, el juicio de Dios! Antes de sufrir la prueba sin parangón, que significará la hora de su abandono, Jesús expone esta prueba en espíritu delante de su Padre, en comunión con Él. No podía ir a Gólgota sin pasar primero por Getsemaní: allí la muerte se presentaba ante Él con todo su horror; por eso, ¡qué profunda tristeza llenaba su alma —una tristeza “hasta la muerte”— cuando “estando en agonía” vislumbraba el mo-

mento en que, abandonado por Dios, haría “el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado (o: para la destrucción, la anulación, la abolición del pecado)” (Hebreos 9:26)!

Luego, en la cruz, “venido a abismos de aguas” (Salmo 69:2), expresa por el Espíritu profético lo que ya anticipadamente había probado en Getsemaní: “Me rodearon ligaduras de muerte, y torrentes de perversidad **me atemorizaron**” (Salmo 18:4). ¡Qué justa es la expresión de uno de nuestros cánticos: «De nuestra iniquidad la carga vil impuesta, a tu alma estremeció con indecible horror...»! Pero escuchemos aún este clamor que surge de la profunda angustia: “Sálvame, oh Dios, porque las aguas han entrado hasta el alma” (Salmo 69:1). Y mientras experimentaba el infinito e insondable sufrimiento de las tres horas de tinieblas —¿quién podría hablar de ello?— llegó el momento en que Él cumpliría lo que había anunciado el profeta: entregaría “su vida (o: alma) en expiación (o: sacrificio) por el pecado.” Sí, “Jehová quiso quebrantarlo sujetándole a padecimiento” (Isaías 53:10). Cuando Cristo ofrendó su cuerpo —un cuerpo tan santo y puro como lo había recibido de Dios al entrar en el mundo, lo cual era un testimonio de la perfección de la Víctima—, también entregó su alma en sacrificio por el pecado. Cristo, “mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios” (Hebreos 9:11).

Conducidos por el Espíritu Santo, meditemos estas diferentes porciones de la Palabra y, por imperfectamente que lo hagamos, penetremos un poco en lo que Cristo sufrió. ¡Que ello nos conduzca, con el corazón profundamente conmovido, a sentir un santo horror por el pecado —pecado que costó tales sufrimientos a nuestro amado Salvador—, y a vivir una vida de obediencia mediante la cual podamos dar testimonio de nuestro amor por Aquel que tanto nos amó! Y que, cautivados por Cristo y embargados por el amor de Cristo, seamos conducidos a desear con más fervor el momento en que lo veremos con nuestros propios ojos, y en que

Él “verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho” (Isaías 53:11).

¡Oh Cordero de Dios!, en gracia ya reinando,
digno eres de tomar potestad y loor;
reunidos en tu paz, los tuyos recordando
tu cruz, tu inmolación, responden a tu amor.

P.F. (M. E. 1970)

LOS SUFRIMIENTOS DEL SEÑOR JESÚS

Extracto de meditaciones de M. Tapernoux

«Tú sufriste, oh Jesús, Salvador, Cordero, Víctima...»

“¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová? Subirá cual renuevo delante de él, y como raíz de tierra seca; no hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos. Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciados, y no lo estimamos” (Isaías 53:1-3).

“¿No os conmueve a cuantos pasáis por el camino? Mirad, y ved si hay dolor como mi dolor que me ha venido; porque Jehová me ha angustiado en el día de su ardiente furor” (Lamentaciones de Jeremías 1:12).

El tema que nos proponemos abordar es vasto y a la vez precioso. Es muy amplio y hay tal cantidad de páginas en las Escrituras que exponen los sufrimientos de Cristo, ya sea bajo una forma simbólica —pienso, por ejemplo, en todo lo que se nos dice en la descripción de los sacrificios del Levítico—, ya por el Espíritu

profético en los Salmos, o de manera histórica a través de las descripciones de los sufrimientos del Señor que hallamos en los Evangelios, que se puede decir que la Palabra entera nos habla de los sufrimientos de Cristo, “Varón de dolores, experimentado en quebranto”. Y cuando Él mismo enseña a los dos discípulos que iban a Emaús, en el capítulo 24 del evangelio de Lucas, formula esta pregunta: “¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían” (v. 26-27). ¿Cómo nos gustaría haber estado allí para oír de la propia boca de nuestro adorable Salvador lo que él enseñó esa noche a los dos discípulos de Emaús, acerca de Su camino de sufrimiento!

Un tema vasto... pero también precioso, por lo cual, al iniciar estas meditaciones, bien podemos expresar el deseo de que, conducidos por el Espíritu Santo, el objetivo de ellas sea siempre el de alcanzar nuestro corazón sin que se mezcle nada meramente intelectual mientras consideramos los sufrimientos de nuestro amado Salvador, ya sean los que halló durante su caminar o los que soportó en la cruz y muy particularmente los sufrimientos expiatorios durante las tres horas de tinieblas. Nada hace que nuestro corazón se conmueva tanto y que nuestro afecto por Él se afirme tanto, como meditar acerca de sus sufrimientos. ¿Por qué? Porque ellos son el testimonio del amor que lo condujo por tal camino.

Es un tema precioso porque, hablando primeramente de sus sufrimientos expiatorios, ellos constituyen el fundamento de nuestra salvación, de nuestra liberación del poder de Satanás y de todas las bendiciones que tenemos en Cristo. Nuestro Señor Jesús adquirió para nosotros redención eterna y una gloriosa parte por medio de estos sufrimientos. Pero también es precioso considerar estos sufrimientos por el hecho de que le sobrevivieron al cumplir esta obra por la cual glorificó perfectamente a Dios. Ciertamente que

lo glorificó durante toda su carrera. Él pudo decir: “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra” y: “Yo hago siempre lo que le agrada” (Juan 4:34; 8:29). Pero en la cruz, y particularmente durante las tres horas de tinieblas, Dios levantó una hermosa y magnífica cosecha de gloria, que fue aún más grande que la que obtuvo a través de toda la vida de obediencia y de dependencia de nuestro amado Señor. Una vida tan perfecta, que fue el motivo para que en dos ocasiones¹⁾ Dios proclamara desde los cielos: “Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia.” Sin embargo, la hora de la cruz todavía no había llegado, aún era necesario que se cumpliera dicha hora para la cual Él había venido.

¡Los sufrimientos de Cristo!, fuente de gozo para nosotros que sabemos que la obra está perfectamente cumplida, que los derechos de la justicia y de la gloria de Dios fueron plenamente satisfechos. Dios no exige nada más del pecador arrepentido; puede acogerlo como a un hijo amado; puede conferirle la relación de “hijo de Dios” y hacerle gozar de la gracia y de todas las bendiciones que surgen de esa relación. Dios pudo dar libre curso a su amor y su gracia fundamentándose en esta obra cumplida en la cruz. “Cuando el pecado abundó, sobreamundó la gracia”, sí, como la poderosa corriente de un río cuyo raudal arrastra todo. “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús.” Y el fundamento de todas nuestras bendiciones se encuentra en Sus sufrimientos expiatorios.

Los sufrimientos que el Señor soportó en este mundo, los sintió en su **cuerpo**, en su **corazón**, en su **alma**. En su cuerpo Él fue el hombre humilde, el galileo que andaba por su camino sujeto a to-

das las condiciones que caracterizan a la humanidad: sintió cansancio, hambre y sed. Vemos que una noche, durante la tempestad que se había levantado, estaba recostado en la popa de una barca, durmiendo sobre un cabezal, a causa de su gran cansancio. Pero ¿qué fueron estos sufrimientos, en comparación con los que halló más tarde, también en su cuerpo, cuando se manifestó la violencia y la brutalidad de los hombres: los golpes, los esputos, la corona de espinas, la caña (que pusieron en su mano y luego fue utilizada para golpearle la cabeza), los azotes ordenados por Pilato y finalmente la crucifixión? Por cierto que no olvidamos estos sufrimientos físicos en la cruz. Pero, sin duda, los sufrimientos que el Señor experimentó en su corazón le han resultado aún mucho más sensibles. Sintió el odio y el desprecio, porque fue despreciado: “Le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos. Despreciado y desechado de los hombres”, y aun: “Fue menospreciado y no lo estimamos.” Así lo expresamos en un cántico:

*Señor en este mundo Tú fuiste despreciado,
ninguna hermosura supieron en Ti ver...*

Sí, Él fue aborrecido y sufrió la maldad y el sarcasmo. Tergiveraron sus palabras y fue acechado por espías (Lucas 20:20); padeció todas las cosas: la incomprensión, el abandono de sus discípulos: “Todos los discípulos, dejándole, huyeron”, en el momento en que —hablando como los hombres— tenía más necesidad de que estuvieran presentes.

Sí, estos son los sufrimientos de su corazón; pero también podemos hablar de los sufrimientos de su alma: los que probó de parte de Dios. En el capítulo 53 de Isaías se expresan también los sufrimientos de su alma: “Cuando haya puesto su vida (o: **su alma**) en expiación (o: en sacrificio) por el pecado”... Verá el fruto de la aflicción de **su alma**... Por cuanto derramó su vida (o: **su alma**) hasta la muerte...” (v. 10, 11, 12). En el Salmo 69, lo oímos exclamar: “Las aguas han entrado hasta el alma”. En Marcos 14:34, dice

1) Véase en los evangelios los relatos del bautismo de Jesús: Mt. 3:17; Mr. 1:11; Lc. 3:22, y de la transfiguración, tanto en Mt. 17:5; Mr. 9:7; Lc. 9:35 como en 2.^a P. 1:17 (N. del T.).

a sus discípulos: “Mi alma está muy triste, hasta la muerte.” Y en Juan 12, cuando se acercaba la hora de la cruz, exclama: “Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré?” ¿Suplicará: “Padre, sálvame de esta hora”? No; sino que inmediatamente dice: “Padre, glorifica tu nombre” (v. 27). Y Dios no puede permanecer indiferente ante tal sumisión, ante tal deseo. Cuando Jesús sentía en su alma, anticipadamente, los sufrimientos que iba a soportar en la cruz, Dios proclama desde el cielo: “Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez.”

¡Sufrimientos del cuerpo, sufrimientos del corazón, sufrimientos del alma! En la expresión “Varón de dolores” (Isaías 53), la palabra “dolores” está en plural, como para resaltar que ningún sufrimiento le fue escatimado y que, además, durante las tres horas, ningún recurso divino vendría a atenuar la agudeza del dolor. Él supo lo que es el “quebranto”, una forma de pena que lo acompañó sin cesar. Así anduvo nuestro amado Salvador por ese camino en el que entró voluntariamente para glorificar a Dios y para salvar a los pecadores perdidos. Ciertamente, cuando meditamos acerca de los sufrimientos del Señor, debemos ser muy cuidadosos y no tratar de analizarlos. Nos encontramos en un terreno santo que no podemos pisar sin descalzar nuestros pies. Los sacrificios descritos en el libro del Levítico son diferentes, pero todos ellos hablan de una sola ofrenda: la ofrenda de Cristo. En los diversos aspectos de esos sacrificios, hallamos la expresión de los sufrimientos del Señor. Pero siempre nos hacen ver el sufrimiento de Cristo; Él lo sintió plenamente, teniendo un corazón humano perfecto. Al mismo tiempo Él era Dios manifestado en carne, un misterio que nosotros no podemos sondear.

Los sufrimientos del Señor durante su ministerio

Meditemos, en primer lugar, acerca de los sufrimientos que el Señor soportó durante su ministerio, acerca de lo que experimentó a

lo largo de su carrera, antes de la noche en que fue entregado.

Pero antes de abordar el tema, me gustaría decir algunas palabras sobre el pasaje de Lamentaciones de Jeremías, que figura al principio de este escrito: “¿No os conmueve a cuantos pasáis por el camino?”, recordando, no obstante, que, históricamente, este versículo se refiere a Jerusalén.

En principio, existe una primera categoría de personas a quienes podría dirigirse esta pregunta: aquellos que, sabiendo que Jesús murió en la cruz, no se interesan por él; permanecen completamente indiferentes mientras transitan su camino: “¿No os conmueve?”, o como leemos en otras versiones: “¿No os importa a **vosotros**?” ¡Ved si hay sufrimiento como éste! Quisiera dirigirme a todos aquellos que quizás hasta ahora han pasado delante de la cruz del Señor Jesús sin preguntarse lo que esta cruz significa para ellos **personalmente**. ¡Oh, deseamos que puedan sentir profundamente que, en la cruz, el Señor Jesús tuvo que sufrir el juicio que ellos merecían, y que se vuelvan a él, aceptándolo como su Salvador!

Un segundo grupo de personas es interpelado por esta pregunta. Se trata de aquellos que, habiendo recibido al Señor como su Salvador, aún no han respondido al deseo que él les expresa: recordar Sus sufrimientos y Su muerte. La noche que fue entregado, el Señor instituyó un memorial de sus sufrimientos y de su muerte: “Esto es mi cuerpo”, dijo, al partir el pan; “por vosotros es dado”. “Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre... haced esto en memoria de mí.” Querido hermano, ¿no te dice nada, no significa nada para ti el deseo del Señor Jesús, el deseo de que nos acordemos de él, de sus sufrimientos y de su muerte, participando de ese memorial? ¿Permanecerás indiferente? Que todo aquel a quien le concierne esta pregunta, responda de corazón al Señor personalmente.

Pero la misma pregunta se dirige a todos nosotros. A nosotros que lo hemos recibido como nuestro Salvador, que sabemos a qué precio hemos sido redimidos, a nosotros que recordamos los sufrimientos del Señor, participando del memorial que él instituyó. ¿No

necesitamos, todos, que nuestros afectos por Él sean despertados o avivados? Hay palabras que nos hemos habituado a pronunciar o a escuchar. Hay gestos que acostumbramos hacer, y he aquí que el Señor, que lee nuestros corazones, nos requiere: “¿No os conmueve...?”, “¿No os importa a vosotros...?” “Mirad, y ved si hay dolor, como mi dolor que me ha venido”... por ti. De manera que cada primer día de la semana podremos responder, con sinceridad de corazón, al deseo que Él expresó: “Haced esto en memoria de mí”, de acuerdo a la medida en que nuestro corazón sea sensible al sufrimiento del Señor Jesús. Estamos invitados a hacerlo hasta que Él venga.

En la gloria, ya no tendremos necesidad de un memorial, pues veremos a Jesús cara a cara. Y durante la eternidad contemplaremos en sus manos, en sus pies y en su costado las marcas de sus sufrimientos: testimonio eterno del amor con que hemos sido amados. Pero durante el tiempo de su ausencia, en el presente tiempo, nuestro privilegio es responder, de todo corazón, a lo que Él desea en gran manera.

(Continuará)

LOS SUFRIMIENTOS DEL ALMA DEL SALVADOR

Salmo 88

Este salmo hace que centremos nuestra atención en los sufrimientos de Cristo. Por lo general, en los Salmos hallamos la expresión de ellos. En los evangelios, podemos ver la perfección de Jesús en sus sufrimientos —perfección manifestada a pesar de tales sufrimientos— aun cuando todo acontecía solamente entre Dios

y Él. Cuando se presentaba ante los hombres, el Señor lo hacía siempre con el resultado de su íntima comunión con el Padre. En cuanto a nosotros, a menudo nos mostramos débiles e impacientes en la prueba, porque no presentamos a Dios todo lo que ejercita nuestra alma y porque la carne puede apoderarse de nuestro corazón si éste no se encuentra vacío del yo.

En los Salmos hallamos expuesto lo que pasaba por el corazón de Cristo, en comunión con Dios, en medio de sus angustias. En los evangelios también hallamos dicha exposición —de manera sucinta—, cuando lo vemos en el huerto de Getsemaní. Allí contemplamos la angustia de su alma frente a la muerte, sin que aún sufriera exteriormente. Si deseamos tener fuerza, esperanza y gozo para ir adelante, nos es preciso contemplar la gloria de Jesús; pero nada nos hace sentir más vergüenza del pecado que ver sus sufrimientos, lo cual es un poderoso medio que Dios emplea para desechar el mal, si éste estuviera en nuestro corazón. Para ello es necesario que contemplemos sus sufrimientos interiores.

Quizá podamos superar con cierta facilidad cualquier dificultad que se nos presente y que no tenga relación con el alma, pero Jesús sintió perfectamente lo que es estar angustiado, lo que son las aguas que penetran hasta el alma. Se puede concebir una fuerza moral que soporte los sufrimientos exteriores, e incluso el hombre natural puede compadecerse cuando considera a Jesús desde ese ángulo, como las mujeres de Jerusalén que, sin ser convertidas, lloraban cuando veían que era llevado a la muerte. Pero en nosotros, a menudo se encuentra una ligereza de corazón y una falta de delicadeza de conciencia, que provienen del hecho de que no prestamos suficiente atención a los sufrimientos del alma del Salvador.

Jesús sentía la enemistad que todos manifestaban contra él. Su corazón deseaba el bien y hablaba de paz, pero no halló la menor simpatía y sentía todo el poder del enemigo contra Él. Lo rodearon los “fuertes toros de Basán” y el “león rapaz y rugiente”. Su vigor se secó como un tiesto (Salmo 22:12, 13, 15).

Jesús sintió el abandono de Dios y también el de sus amigos. Estos últimos no tuvieron ningún sentimiento, ninguna simpatía del Espíritu en medio de Sus sufrimientos. Satanás instigó a los enemigos de Jesús; él sabía que Dios abandonaría al Salvador a causa de nuestros pecados. Jesús se hizo responsable de nuestros pecados, cargó con ellos, y la ira de Dios cayó sobre él. Asimismo, fue responsable de la gloria de Dios: los denuestos de los que vituperaban a Dios cayeron sobre Él. Tuvo que soportar la ira de Dios y el poder de Satanás, sin que la fuerza del hombre tuviese poder contra tal ira y poder.

El Salmo 88 nos presenta la ira de Dios cayendo sobre Jesús, según la ley, cuando fue hecho maldición por nosotros. Nos hace conocer todo lo que le costó nuestra salvación. Para Él, la muerte, con todo su poder, era la paga del pecado y el justo juicio de Dios que lo quebrantaba, que lo aplastaba a causa del pecado. Él sintió hasta lo más hondo de su ser la terrible ira de Dios, cuyo amor había conocido, cuyo amor es la vida. Siendo perfectamente santo, pudo sondear lo que es la ira; siendo perfectamente amor, pudo experimentar lo mismo: Cristo fue “hecho por nosotros maldición” (Gálatas 3:13). En el Salmo vemos esa maldición cayendo sobre Él.

“Llegue mi oración a tu presencia; inclina tu oído a mi clamor” (v. 2). Este clamor no halló respuesta hasta la resurrección. Jesús fue “pasado por la espada”, “arrebatao” de la mano de Dios, quien lo entregó en manos de sus enemigos, dejándolo en igual situación que aquellos “de quienes —dice— no te acuerdas ya” (v. 5). “Me has puesto en hoyo profundo” (v. 6). Esto era terrible porque, para Él, el amor de Dios era la vida. Fue afligido con todas las ondas de la ira de Dios (v. 7), y ¡bendito sea Dios que haya sido así, pues no queda ninguna de esas ondas que pueda afligirnos! Él sintió el poder de la muerte, como si no hubiera podido sustraerse de ella (v. 11) y, sin embargo, como Hijo de Dios, no

podía ser retenido por la muerte. “¿Por qué... escondes de mí tu rostro?” (v. 14).

El final del versículo 15 transporta nuestros pensamientos a Juan 12:27, 28, pero en estos versículos se ve, al mismo tiempo, la perfección de su obediencia. “Desde la juventud...”: es verdad que únicamente en la cruz Jesús fue abandonado por Dios; su vida no era una expiación, sino la manifestación de la justicia. Sin embargo, sabía por anticipado para qué había venido. Él veía el pecado en el mundo, la enemistad del corazón del hombre, el derecho de Satanás de hacer morir al pecador y a Aquel que fue hecho pecado por nosotros. Jesús siempre percibía estas cosas, pero obró y vivió en justicia, manifestando al mismo tiempo la perfecta gracia de Dios.

En el mundo, Él estaba en debilidad, pero en perfecta comunión con su Padre. Pidió que la copa pasase lejos de sí, pero se sometió porque esa comunión superaba todo su dolor. En la cruz fue diferente, porque bebió la copa. Durante su vida, siempre fue consciente de todos los derechos que fueron concedidos a Satanás por la ira y la justicia de Dios, y que no le daban tregua.

¡Qué amor el suyo! Su pie jamás resbaló; en ese terrible camino no titubeó ni un momento. Al contrario, afirmó su rostro como un pedernal y fue a Jerusalén, porque nos amó (Lucas 9:51; Isaías 50:7). He aquí lo que hace que el pecado sea algo abominable y vergonzoso. ¿Sería posible que nuestro corazón permaneciera despreocupado y superficial frente a los sufrimientos del alma del Salvador y que, después de considerarlos y de haber gozado de la comunión con Dios respecto a su Hijo, se vuelva, con liviandad y sin tenerlos en cuenta, a las cosas más fútiles?

Guardémonos de los pecados, de las manchas y de los deseos desordenados, a causa de lo cual Jesús debió afrontar la muerte. Que Dios nos haga pensar en los sufrimientos del Salvador y en lo reales que éstos fueron en su alma.

J.N.D. (M. E. 1996)

EL TIEMPO DEL DESPERTAR

(Viene de la página 27)

EN ESPAÑA

En España, pese a la omnipotencia del clero católico y a la violencia de su oposición, el Evangelio había penetrado poco a poco gracias a la actividad desplegada desde el siglo XVIII por ingleses que residían en Gibraltar (posesión inglesa desde 1704) y luego por sociedades bíblicas extranjeras a partir de 1835. La verdad en cuanto a la Iglesia fue sembrada allí desde 1838 por el piadoso hermano R.C. Chapman¹⁾. Esta verdad dio sus frutos unos treinta años más tarde, en Cataluña (Barcelona), en Madrid y en el noroeste de la península, gracias a animosos colportores que recorrieron todo el país. Pero allí también los conductores se habían empeñado en recorrer un camino más ancho. Sólo más tarde fueron formadas algunas asambleas sobre el terreno de la real separación hacia Cristo. El hermano W.J. Lowe, entre otros, las tenía particularmente en el corazón.

EN ORIENTE

El Despertar evangélico llegó al Cercano Oriente por medio del Comité americano para las misiones extranjeras (*American Board of Commissioners for Foreign Missions*), fundado en 1810, una sociedad principalmente presbiteriana. A la vez que trataron de llegar a los casi inalcanzables musulmanes, estos misioneros trabajaron sobre todo entre los numerosos pobladores de filiación cristiana: coptos en Egipto, ortodoxos, maronitas, católi-

cos griegos y sirios en el Líbano y en Siria. Su trabajo fue muy eficaz, por la gracia de Dios, para llevar almas a su conocimiento en estos diversos países. La verdad en cuanto a la Asamblea fue propagada por medio de uno de estos misioneros, un ministro presbiteriano: *Benjamin F. Pinkerton*. A pedido de su Comité había estudiado los escritos de los hermanos y especialmente los de J.N. Darby, con miras a refutarlos. Pero, por el contrario, fue iluminado mediante su lectura. Se separó de la misión presbiteriana en 1870, se estableció en Beirut, pudo adquirir una máquina impresora y difundió traducciones de folletos y tratados por todos los países del Cercano Oriente. La oposición de los clérigos locales no faltó, como tampoco la de los misioneros cuya actividad proseguía paralelamente (la célebre Universidad Americana de Beirut había sido fundada por ellos en 1866), pero el trabajo de Benjamin F. Pinkerton fue bendecido y se prolongó hasta su muerte —ocurrida en 1891— con preciosos resultados en el Líbano e incluso entre los drusos. Se partía el pan en Jaffa (Palestina) desde 1872, en varios lugares de Siria durante los años siguientes y luego en Beirut y en Mardín (Turquía). El mencionado hermano también visitaba a Egipto, donde cooperaba con él un colportor alemán, Ludwig Schlotthauer, muerto en 1921 después de más de cincuenta años de trabajo en Egipto. Schlotthauer se había establecido en Alejandría, donde la Mesa del Señor fue levantada, según parece, en 1874. Pastores presbiterianos esclarecidos en la verdad se le unieron y otros hermanos vinieron de Europa, entre ellos, un poco más tarde, Otto Blädel; pero también llegaron hermanos egipcios como el pastor presbiteriano Girgis Rafail (muerto en 1934), cuyo recuerdo es venerado. La obra tuvo un notable desarrollo a partir de 1881, no sólo en el delta sino sobre todo en el Alto Egipto, en las ciudades y, más aún, en humildes aldeas aisladas. No les faltaron pruebas a los denodados servidores de Dios, más de una vez fueron cubiertos de barro o de hortalizas podridas, lanzadas por fanáticos a la salida de las reuniones. Las

1) Véase página 198 (Nº 6 del año 1999)

asambleas de Egipto han sido guardadas, desde su comienzo, en una feliz expresión de unidad. Actualmente existen más de 200.

En América

La obra se extendió a los Estados Unidos y al Canadá, a favor de la fuerte inmigración europea producida desde mediados del siglo XIX. Hermanos de diverso origen (alemanes, suizos, franceses) colaboraron con los británicos para formar allí asambleas que conservaron, durante una generación por lo menos, su propio idioma. No tendría objeto ofrecer aquí su historia. J.N. Darby hizo varios viajes de larga duración por esos países. Desde septiembre de 1862 hasta septiembre de 1863 recorrió el Canadá, y además hizo una gira de 3000 km por los Estados Unidos. Hace un segundo viaje de enero a agosto de 1865, un tercero de agosto de 1866 a febrero de 1868 y una rápida escapada en julio de 1870. Realiza otra gira de junio de 1872 a abril de 1873 y, finalmente, entre agosto de 1874 y junio de 1877 no vuelve a Europa, sino que recorre todos los Estados Unidos y el Canadá y atraviesa el Pacífico hasta *Nueva Zelanda*, donde, al igual que en Australia, habían sido formadas asambleas por intermedio de inmigrantes. Estas estadías en América del Norte comprendieron varios trabajos por regiones recientemente pobladas y entre los indígenas, como así también en el Este del país. Grandes conferencias realizadas en Guelf (Canadá) congregaron hermanos venidos desde muy lejos. El recuerdo de estas conferencias vuelve a menudo en la correspondencia de J.N. Darby.

Un caso particular y notable es el de *Guyana* (ex Guyana Británica) por donde J.N. Darby hizo un viaje en 1869, visitando también las Antillas. Un antiguo oficial de la marina inglesa, Leonard Strong, vuelto pastor después de su conversión, había llegado a Guyana en 1826 como rector de una parroquia anglicana. Al ser instruido por la Palabra, poco tiempo después abandonó la Iglesia

anglicana, evangelizó a los esclavos negros en las plantaciones, fue ahuyentado por el odio de los propietarios y se estableció en Georgetown, donde se reunió con otros creyentes alrededor del Señor. Estuvo en relación con los primeros «hermanos» de Inglaterra y cuando uno de ellos, Joseph Collier, arribó a Guyana en 1839, el terreno estaba listo para la formación de asambleas, tanto más cuanto la esclavitud acababa de ser abolida y los negros liberados recibían con gozo el Evangelio. La obra prosiguió, al igual que en las Pequeñas Antillas, en Barbados (desde 1862, merced al hermano inglés B.T. Slim), en San Cristóbal, en San Vicente y en las Grandes Antillas en Jamaica (desde 1860 por medio del hermano Childs, procedente de Nueva Zelanda).

Si en el muy incompleto bosquejo que acabamos de presentar acerca del trabajo del Espíritu de Dios llamando a los creyentes a reunirse alrededor de Cristo, J.N. Darby aparece como el principal heraldo de este llamamiento, el solo pensamiento de dar su nombre a una obra que no era suya, sino del Señor, le habría sido odioso. Por cierto que prosiguió incansablemente su precioso servicio con “buena fama” o “mala fama” a través de muchos combates y vicisitudes, pese a una salud inestable, anunciando a Cristo, enseñando las verdades que había recibido por la Palabra y demostrando hasta el fin que no tenía otro móvil que la gloria de su Señor. Al renunciar a su puesto de pastor no renunció al cuidado de las almas y, como Wesley, habría podido decir que el mundo entero era su parroquia, ya que recorrió buena parte de él. Acabamos de ver cómo, de 1864 a 1878, cruzó siete veces el océano —¡él, que temía al mar!— en una época en la que tales viajes no ofrecían la facilidad de hoy, para llevar a lo lejos la palabra de vida. Jamás se cansó de anunciar el Evangelio a los inconversos, con un ferviente amor por las almas, llevando en su corazón, a la vez, la Asamblea de Dios por entero. Como el gran apóstol de las naciones, sufría y combatía por ella, a fin de llevar a los miembros del cuerpo de Cristo a comprender mejor su unión con la Cabeza en la gloria, para

manifestarla, para servirle con toda su alma y para esperarla del cielo. Este fiel siervo de Dios fue recogido junto a su Salvador el 29 de abril de 1882, en Bournemouth (Inglaterra). Sobre su tumba se lee este epitafio: “As unknown, and yet well known” (“Como desconocido, pero bien conocido” – 2.^a Corintios 6:9).

Pero esa bendita actividad no era llevada a cabo por uno solo; lejos de ello. Otros notables obreros fueron suscitados en la misma época y también después. Ya hemos hallado un cierto número de ellos, como *J.L. Harris* (1793-1877), *J.G. Bellett* (1795-1864), *E. Cronin* (1801-1882), *P.F. Hall* (1804-1884), *G.V. Wigram* (1805-1879) y *J.B. Stoney* (1814-1897), cuyos nombres son inseparables del período del «comienzo de los hermanos» y cuya importancia querríamos haber hecho resaltar.

Esta aparición de un nuevo testimonio fue signada por desgarramientos y luchas con el fin de liberarse de sistemas religiosos, pero también por el fervor y el amor fraternal, tanto con la frescura del primer amor como con el apego a la Escritura y a Cristo. Las enseñanzas recibidas entonces siguen siendo fundamentales, sobre la posición del cristiano, la Iglesia, la profecía. Un andar fiel y una vida consagrada magnificaban la gracia de Dios con la humildad sincera de aquellos que se sentían objeto de esta gracia. La oposición, a veces furiosa, que se desencadenaba contra ellos, se debía al hecho de que caminaban separados del mundo. Se evoca con dicha y pesar a la vez —y, más todavía, con confusión— ese renuevo que recordaba los primeros días de la Iglesia: el Señor añadía sin cesar nuevas almas a aquellas ya reunidas, y las asambleas estaban “en paz... y eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo” (Hechos 2:47; 9:31). Tiempo demasiado corto. Una vez más se verificó la imposibilidad de que el hombre conserve intacto lo que Dios le confía. El enemigo no permanecía inactivo. Renunció a blandir el arma de la violencia y cambió de táctica con prontitud.

Los fundamentos sometidos a discusión

El esfuerzo del adversario tuvo como blanco la asamblea de Plymouth, en la cual Dios había obrado con tanta bendición. Se vio rápidamente turbada por el comportamiento de un hermano de gran capacidad, cuyo nombre hemos encontrado en los comienzos de esta asamblea: *B.W. Newton*. Muy temprano tuvo «un andar distinto de los otros hermanos» (*W. Trotter*).

Mientras no se trató más que de divergencias en la interpretación de las profecías del Apocalipsis y de su aplicación a la Iglesia, o de una enseñanza de carácter muy personal, pero acompañada de una línea doctrinal aparentemente sana, ello permanecía en el dominio de las cosas en las que hemos de soportarnos mutuamente con amor. Pero Newton introdujo, poco a poco, puntos de vista particulares tanto sobre el andar como sobre la esperanza de la Iglesia y un espíritu clerical contrario a la libertad del Espíritu en la asamblea. Insensiblemente se desarrolló un sistema que colocaba todo el ministerio de la Palabra —e incluso toda participación en el culto— en manos de dos o tres maestros, lo que tendía a hacer de cada asamblea local una unidad independiente bajo la autoridad de sus conductores. Se produjeron dificultades, ya que varios hermanos veían que se caminaba hacia «el cambio profundo de todas las verdades que, por gracia de Dios, habían sido sacadas a la luz por medio de los hermanos» (*W. Trotter*). Los conductores del comienzo —tales como *Hall*, *Wigram* y *Campbell*— prefirieron abandonar a Plymouth uno tras otro. Por su lado, *J.N. Darby* cumplía largas estadias en el continente europeo, con breves reparaciones en Plymouth, las que le ocasionaban cada vez más pena e inquietud. «Me doy cuenta —escribía en 1844— de que la posición de Plymouth en el testimonio de los últimos días está completamente cambiada... Plymouth dejó de representar el amor de los hermanos; representa, más bien, una opinión... La doctrina de la Iglesia no se encuentra en esa enseñanza.» *J.L. Harris* seguía

representando la verdad, ahora en la medida de sus posibilidades. Cuando J.N. Darby volvió a Plymouth, en marzo de 1845, las fricciones vinieron a ser tales que Harris abandonó todo ministerio, y en octubre J.N. Darby tomó la decisión de retirarse de la asamblea. Primeramente se halló solo, pero dos meses más tarde se reunía con casi la mitad (más de 400 personas) de hermanos y hermanas que se separaron como él. Una conmoción comprensible se manifestó en las asambleas de Inglaterra y particularmente en Londres.

Pero las cosas se vieron agravadas cuando no sólo los fundamentos de la congregación de los santos sino también «los fundamentos de la fe» se vieron atacados por la introducción de falsas doctrinas respecto al propio Señor. Se manifestaron en 1847: Newton —se descubrió— enseñaba que Jesús, como consecuencia de su nacimiento, estaba «expuesto, a causa de su relación con Adán, a la sentencia de muerte que había sido pronunciada sobre el género humano», y que estaba obligado a obtener la vida mediante la observancia de la ley. Habría tenido que padecer sufrimientos que le concernían personalmente a causa de su propio estado, sufrimientos en juicio diferentes de los que soportó como nuestro sustituto bajo la ira de Dios. Esto significaba que la mancha afectaba a Aquel de quien la Escritura habla como de un Cordero sin mancha ni contaminación. Como lo escribió alguien que se había librado de esta doctrina: si ésta hubiera sido verdadera, «Cristo no habría podido ser nuestro garante, nuestro sacrificio, nuestro Salvador, porque habría tenido que librarse a sí mismo... Todo lo que habría podido hacer hasta el último momento de su vida, todo lo que habría podido ofrecer en su muerte, tendría que haberlo hecho, necesariamente, para su propia liberación... Pero, entonces, ¿adónde van a parar las benditas doctrinas de la gracia? ¿Qué viene a ser del glorioso Evangelio de la salvación de Dios? ¿Qué es de la Iglesia? ¿Qué de nosotros, individualmente? ¡Hemos perdido a Cristo!». G. Müller decía que, en estas condicio-

nes, «el Señor habría tenido necesidad de un Salvador tanto como nosotros». Los términos en que Newton se atrevía a hablar de Aquel que, si bien era el Varón de dolores aquí abajo, era, sin embargo, el Hijo del Altísimo, son los siguientes: «Cristo tenía la experiencia de un hombre inconverso, pero elegido... Se hallaba expuesto a la ira y a la indignación de Dios... Se hallaba más lejos de Dios que Israel cuando hizo el becerro de oro... Como estaba expuesto a la ira y a la indignación de Dios, como nacido de Adán y como judío, supo escapar, por medio de la oración y la piedad, a muchos sufrimientos que habría tenido que soportar... Sin embargo, sufrió tanto en su vida que su cara inspiraba repulsión y se le daba la espalda...».

Esta doctrina, que atentaba hasta la blasfemia contra la gloria personal de nuestro adorable Salvador, provocó vivas reacciones. J.N. Darby la combatió con vigor y fue condenada por la generalidad de los hermanos. Su mismo autor trató de mitigarla al retirar tan sólo una frase particularmente inaceptable que aplicaba a Cristo la expresión “constituidos pecadores” de Romanos 5:19; y muchos de los que, por un tiempo, habían abrazado esa doctrina, se retractaron de su error y se alejaron de él.

Pero entonces, inevitablemente, debía plantearse esta cuestión: ¿Qué conducta se debía observar para con aquellas personas o asambleas que, pese a rechazar la herejía, querían mantener la comunión a la Mesa del Señor con aquellos que la admitían?

BETHESDA

El caso se presentó con toda claridad en Bethesda. Era éste el nombre de una capilla de Bristol, en la cual un pequeño núcleo de hermanos habían comenzado a reunirse en 1832 y que, desde entonces, había crecido mucho. Allí se hallaban dos conductores respetados, H. Craik —cuyo don de maestro era estimado— y G. Müller, por doquier conocido a través de sus obras de caridad y de fe, a las que se consagraba con un renunciamiento ejemplar. Se reci-

bió, en esa asamblea de Bethesda, a personas venidas de la reunión de Plymouth, en la cual Newton actuaba todavía y varios lo sostenían abiertamente. Hermanos piadosos de Bethesda protestaron y algunos se retiraron; otras asambleas pidieron explicaciones. Diez de los principales hermanos de Bethesda, encabezados por Craik y Müller, expusieron sus puntos de vista en una carta dirigida a la asamblea, pero que luego se conoció por todas partes como «La carta de los diez». La posición de estos hermanos era la siguiente:

1. Declaraban atenerse «a las verdades relativas a la persona de nuestro Señor, a la ausencia del pecado en su naturaleza y a la perfección de su sacrificio» y desaprobaban la idea de que «el Hijo bendito de Dios se hallaba envuelto en la culpabilidad del primer Adán, o que hubiera nacido bajo la maldición debida a la violación de la ley».
2. Declaraban no estar dispuestos a admitir a la Mesa a personas conocidas por compartir y propagar esos errores.
3. Pero se negaban a permitir que esas doctrinas fueran examinadas por la asamblea como cuerpo, no queriendo —decían— que «nosotros, en Bristol, nos veamos enredados en la controversia relativa a las doctrinas en cuestión... No estimamos que, por el hecho de enseñarse errores en Plymouth o en otras partes, nos veamos obligados, como cuerpo, a examinarlos».
4. Consideraban, pues, que la asamblea tenía libertad para recibir a personas que, pese a no aceptar esos errores por sí mismas, pertenecían a asambleas en las cuales eran tolerados y enseñados a la vez. «Suponiendo que el autor de los escritos incriminados fuese profundamente herético, ello no nos autorizaría a rechazar a aquellos que vinieran a nosotros después de haber seguido sus enseñanzas, mientras no estuviéramos convencidos de que esas perso-

nas han comprendido y recibido opiniones que trastornan los fundamentos de la verdad.»

Dicho de otra manera, el falso maestro y los que lo sostienen directamente son los únicos responsables; la asamblea en la cual se hallan y actúan puede estar en comunión con ellos como con todos los demás cristianos, sin sentirse manchada por la falsa doctrina ni que lo esté todo aquel que, no compartiéndola, tenga comunión con aquellos que la sostienen. Es un asunto individual, y esto significa que cada asamblea es responsable solamente por ella misma. Se afirma así la posibilidad de ser neutral en el mal, como individuo y como asamblea.

Esta carta fue leída el 3 de julio de 1848 ante la asamblea de Bethesda; ésta, en su mayor parte, se identificó con el punto de vista de los diez firmantes. De ello resultaron dolorosas desavenencias. J.N. Darby, G. Wigram y William Trotter se encontraron así en oposición a sus más antiguos y queridos compañeros de obra, tales como lord Congleton, Chapman y el mismo J.L. Harris. Cuando, al año siguiente, se convocó una reunión para examinar, todavía juntos, las cosas, los dirigentes de Bethesda pusieron como condición que J.N. Darby y G. Wigram no participaran en ella. La división, pues, se vio consumada: de un lado las asambleas decididas a permanecer en comunión con Bethesda, y del otro aquellas que consideraban que aceptarla significaba negar el principio mismo de la reunión según la unidad del cuerpo y la separación del mal.

Unos diez años después, esta división invadió otros países de Europa y América y se ha perpetuado hasta hoy. Los «hermanos libres» o «abiertos» (del inglés «*Open Brethren*») han mantenido el principio de independencia, según el cual cada asamblea local constituye una unidad distinta, cuyas decisiones no comprometen más que a ellas mismas y no son consideradas como decisiones de las demás asambleas. Por otra parte, en cada asamblea, cada indivi-

duo responde esencialmente por su propia responsabilidad ante el Señor. Este sistema equivale a consumir, hasta un punto extremo, el fraccionamiento de la Iglesia, al hacer una Iglesia de cada asamblea local. El principio en el que se mantuvieron aquellos a quienes se califica de «exclusivos» —término que ellos rechazan absolutamente— es el de la solidaridad de las asambleas locales, expresando así la unidad del cuerpo de Cristo, en la separación y el juicio de todo mal manifiesto, tanto doctrinal como moral. Este principio no es otro que el testimoniado por nuestro Señor. De hecho, si la historia de los «hermanos libres» manifiesta muchos frutos de una devoción que podemos comprobar con reconocimiento, sea en la evangelización, sea en obras de caridad, se está obligado a comprobar también que la noción misma de la vocación celestial de la Asamblea y de su carácter de extranjera aquí abajo ha ido debilitándose cada vez más.

Reducir, como algunos lo han hecho, la afligente división de 1848 y sus consecuencias a una controversia teológica sobre puntos menores o, peor todavía, a un antagonismo personal entre B.W. Newton y J.N. Darby es rebajar miserablemente el solemne alcance de la cuestión, la cual no era otra cosa que la verdad relativa a la Asamblea y a la acción del único Espíritu en medio de ella, acción ejercida y recibida en el reconocimiento de los derechos de Cristo, Cabeza de esta asamblea: en definitiva, la gloria misma de nuestro Señor Jesucristo.

(Continuará)

PENSAMIENTO

Debemos confiar a Dios todo lo que pertenece a la **razón**; lo que nos corresponde a nosotros es **creer**. Dios cuidará de su propia gloria.

J.G.B. (M. E. 1955)

*Señor, en este mundo visitaste
al hombre en el pecado amancillado;
del cielo las verdades le anunciaste
que sólo Tú pudiste haberle dado;
mas viendo tanto dolo,
al monte para orar subiste solo.*

*Tú solo de la voluntad sagrada
pudiste proseguir la senda estrecha;
armado con tu penetrante espada,
Tú solo hiciste frente ante la brecha;
del huerto solitario
subiste hasta la cumbre del calvario.*

*La amarga copa del acerbo juicio
Tú solo la bebiste en tu agonía,
Tú solo te ofreciste al sacrificio
que Dios acepta y el pecado expía;
Tú solo fuiste fuerte,
venciendo al enemigo con tu muerte.*

*Tu obra, obra única y estable,
Tú solo la cumpliste con constancia,
mas siendo la obra sola saludable,
con muchos gozarás de la ganancia;
los hombres rescatados
serán los que tendrás siempre asociados.*

“Irá andando y llorando el que lleva la preciosa semilla; mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas” (Salmo 126:6).
